

unos cobrecitos para comer», y quedó muy tranquila con la explicación que había dado, como si fuera el único medio para ganarse la vida.

En una casita de la Población Miramar, de buenas condiciones materiales dentro del ambiente en que vive la gente del bajo pueblo, me encontré con una chica de 11 años de edad, muy aseada y bien vestida. Al preguntarle por sus padres me respondió: «Mi madre murió hace cinco años y mi padre es lancharo de la Lautaro Nitrate.»

—¿No tiene hermanitos?

—«Sí, señorita, dos hermanas mayores que yo, una de 14 y otra de 16 años.»

—¿Dónde están?

—«Fueron a ensayar al Delicias.»

(El Delicias es un cabaret situado en los suburbios del puerto.)

La menor agregó que sus hermanas bailaban y cantaban allí, y de esa manera ganaban para vestirse todas ellas. En este momento llegó el padre del trabajo, hombre de mirada y gesto duro: después de haber conversado algo respecto a su trabajo y saber que ganaba \$ 6 diarios, le pregunté por sus niñas y le dije que sabía que trabajaban en el cabaret Delicias, a lo que el hombre respondió: «Peor es que estén de flojas en su casa y en algo han de ganarse la vida.» Al hacerle ver que ese trabajo era impropio y prohibido para menores de edad y que debía buscarles otro trabajo, agregó: «Pero, señorita, si ellas tienen su gracia, saben cantar y bailar y no les gusta ser sirvientes de nadie, y ahí les va harto bien.»

—«¿Y usted no teme que sus hijas vayan por un mal camino con esa clase de trabajo?»

—«No, ellas sabrán lo que hacen, y si les pasa su mano, peor para ellas.»

Fué inútil convencer al hombre del peligro a que exponía a sus hijas, para él lo único importante era que ganaran, aunque estuvieran en un grave peligro moral.

Así como éstos hay una infinidad de casos que sería largo de enumerar, en que los menores se encuentran tanto moral como materialmente abandonados.